

Un sínodo conflictivo

JUAN ANTONIO ESTRADA

“Una cosa es predicar y otra dar trigo.” El papa Francisco ha dado una nueva imagen de lo que significa ser papa. Sus actitudes, las formas de relacionarse con la gente, la autocrítica que ha hecho respecto de los obispos de la Iglesia, las llamadas a una evangelización y su comportamiento sencillo le han merecido el respeto de mucha gente, incluso de no católicos. Pero no basta un nuevo talante personal. Los problemas que acumula la Iglesia son mayores que la forma de ser del nuevo papa. Sigue siendo verdad el viejo dicho de que los papas cambian, y la jerarquía permanece. Hay que cambiar la misma Iglesia, transformar sus estructuras e instituciones, y actualizar sus doctrinas, para responder a los nuevos retos del siglo XXI.

El Concilio Vaticano II intentó el *aggiornamento*, la actualización de la Iglesia, con una reforma teológica e institucional desde la cúpula (Papa y jerarquía) hasta la base (el pueblo de Dios y los laicos). Había que transformar las estructuras del Concilio de Trento y del Vaticano I para responder a los problemas emergentes en los sesenta. Luego vino la involución doctrinal e institucional desde Juan Pablo II. Ahora el actual Sínodo de la Familia (5-19 de octubre) y el posterior Sínodo general de 2015 buscan de nuevo dinamizar a la Iglesia.

Se abre así un nuevo periodo y, como en el Vaticano II, emergen dos formas de distintas de abordarlo. El papa Francisco promueve un debate abierto y libre, en el que nadie tenga miedo de exponer sus posturas. Aboga por una Iglesia que no sólo conserve la doctrina anterior, sino que la haga evolucionar. No se trata sólo de aplicar de forma más flexible la tradición, sino también de innovarla en muchos puntos, como en el concilio anterior.

En lo que concierne a la familia hay que partir de que el modelo tradicional ha dejado de ser el mayoritario. Escasean las familias numerosas y cada vez hay más monoparentales, con un creciente aumento de divorciados, que se han vuelto a casar, hijos de distintos matrimonios que viven juntos, y cónyuges que tienen que

atender al mismo tiempo la familia y el trabajo. Hay una revolución en el ámbito familiar, en la relación entre los padres y los hijos, y la de la mujer con el varón. Además abundan parejas de hecho, junto a los casados civilmente, e incluso uniones duraderas que no se institucionalizan jurídicamente.

Ante esta situación, una gran parte de la Iglesia aboga por adaptarse a la nueva situación y ayudar a los nuevos modelos familiares. Aunque el matrimonio eclesiástico sólo se reciba una vez en la vida, habría que ayudar a los divorciados y a los casados civilmente para que no se sientan rechazados por la Iglesia y puedan participar en sus sacramentos, comunidades e instituciones. Se aboga por la flexibilidad y la misericordia; se recuerda que la religión está al servicio del hombre y no a la inversa; y que hay que replantear leyes y tradiciones, que no son inmutables, en un nuevo contexto histórico y cultural, en el que ha cambiado el concepto de persona, la familia y las relaciones sexuales.

Ante esto, como en el Vaticano II, surge el sector de los tradicionalistas y fundamentalistas, que no se inspiran tanto en la Iglesia primitiva y en los evangelios cuanto en el modelo tradicional, que habría que mantener inalterado. Tienen miedo a los cambios y a que se replanteen cuestiones pendientes, como la reinserción de los divorciados en la Iglesia; el celibato obligatorio de los sacerdotes; el papel de la mujer y sus posibilidades jerárquicas; el rol protagonista de los laicos; el papel de la jerarquía y de las estructuras de dominio que perviven; la normativa canónica y doctrinal sobre los medios de control de la natalidad, etc. Buena parte del futuro del catolicismo se juega en el actual sínodo y el del 2015, que lo completará.

Hay un conflicto real en la Iglesia, tanto a nivel teórico como práctico, jerárquico e institucional. También entre los laicos y los distintos grupos de cristianos. No se busca obligar a los conservadores a renunciar a su estilo de vida tradicional, sino a que no lo impongan a los demás y les permitan vivir según sus convicciones. La Iglesia es más plural que su doctrina oficial. La cuestión es si esa diversidad se verá reflejada, sin que la doctrina de un grupo, que otros contestan, se convierta en la única vinculante y oficial, como sucede ahora. De lo que se haga dependerá el significado y la validez del pontificado actual del papa Francisco.